

Citas Célebres de los Grandes Economistas

Introducción

A continuación se presenta una breve colección de algunas de las citas más famosas de los grandes economistas. Creemos que esta colección satisface una necesidad real, ya que todos en algún momento nos hemos enfrentado al problema de encontrar el lugar exacto donde Keynes dijo tal o cual cosa, o la fraseología exacta de lo que dijo Adam Smith sobre tal o cual tema. Por otro lado, no pretendemos que esta colección sea exhaustiva, y la redacción de esta revista aceptará gustosamente sugerencias para ser incluidas en futuros números. En muchos casos no existen traducciones oficiales de las obras citadas, y las traducciones presentadas son las mejores que hemos podido improvisar, aunque algunos pasajes pierden su fuerza al ser traducidos, y en esos casos hemos optado por preservar la cita en su idioma original.

La Ciencia Económica

El arte de la Economía consiste en considerar los efectos más remotos de cualquier acto o política y no meramente sus consecuencias inmediatas; en calcular las repercusiones de tal política no sobre un grupo, sino sobre todos los sectores.

Henry Hazlitt, *Economics in One Lesson* [1946], p. 12. New York: MacFadden Books, 1962.

El estudio de la economía no requiere, al parecer, ningún don especial. ¿Acaso no es, intelectualmente, una materia fácil comparada con las ramas más elevadas de la filosofía o de las

ciencias puras? No obstante, son contados los economistas buenos o competentes. ¡Una materia fácil, en la que pocos se destacan!

J. M. Keynes, *Essays in Biography* [1933], p. 173. London: Macmillan Press, 1972.

Pero, más que nada, no sobre-estimemos la importancia del problema económico, ni sacrificemos en aras de sus supuestas necesidades otras cuestiones de mayor y más permanente importancia. Debe ser un asunto para especialistas – algo así como la odontología.

J. M. Keynes, *Essays in Persuasion* [1931], p. 332. London: Macmillan Press, 1972.

Lo que sabemos acerca de las categorías fundamentales de la acción – acción, economizar, preferencias, la relación de medios y fines, y todo lo demás que, juntamente con estos, constituye el sistema de la acción humana – no es derivado de la experiencia. Concebimos todo esto internamente, así como concebimos las verdades lógicas y matemáticas, *a priori*, sin referencia a ninguna experiencia.

Ludwig von Mises, *Epistemological Problems of Economics* [1933], pp. 13-14. Nueva York: Van Nostrand, 1960.

La Economía Positiva es, en principio, independiente de cualquier posición ética o cualesquiera juicios normativos... Su tarea reside en suministrar un sistema de generalizaciones que pueda utilizarse para hacer predicciones correctas acerca de las consecuencias de cualquier

cambio en las circunstancias.... Considerada como un cuerpo de hipótesis sustantivas, la teoría [económica] ha de juzgarse por su poder de predicción respecto de la clase de fenómenos que intenta "explicar".... la única prueba importante de la *validez* de una hipótesis es la comparación de sus predicciones con la experiencia.

Milton Friedman, *Ensayos sobre Economía Positiva* [1953], pp. 10, 14. Madrid: Editorial Gredos, 1967.

Todo está en Marshall, si uno se toma la molestia de encontrarlo.

Atribuido a Frederick Lavington (1881-1927). Don Patinkin, *Keynes' Monetary Thought*, p. 42n. Duke University Press, 1976.

La Riqueza de las Naciones

Un obrero que no haya sido adiestrado en esa clase de tarea ... , por más que trabaje, apenas podría hacer un alfiler al día, y desde luego no podría confeccionar más de 20. Pero dada la manera como se practica hoy día la fabricación de alfileres, no sólo la fabricación misma constituye un oficio aparte, sino que está dividida en varios ramos, la mayor parte de los cuales también constituyen otros tantos oficios distintos. Un obrero estira el alambre, otro lo endereza, un tercero lo va cortando en trozos iguales, un cuarto hace la punta,... En fin, el importante trabajo de hacer un alfiler queda dividido de esta manera en unas 18 operaciones distintas,... He visto una pequeña fábrica de esta especie que no empleaba más de diez obreros, donde, por consiguiente, algunos tenían a su cargo dos o tres operaciones. Pero a pesar de que eran pobres y, por lo tanto, no estaban bien provistos de la maquinaria debida, podían, cuando se esforzaban, hacer entre todos, diariamente, unas doce libras de alfileres. En cada libra había más de 4,000 alfileres de tamaño mediano. Por consiguiente, estas diez personas podían hacer cada día, en conjunto, más de 48,000 alfileres, cuya cantidad dividida entre diez correspondería a

4,800 por persona.

Adam Smith, *Investigación sobre la Naturaleza y Causas de la Riqueza de las Naciones* [1776], pp. 8-9. México: Fondo de Cultura Económica, 1958.

Proscritos enteramente todos los sistemas de preferencia o de restricciones, no queda sino el sencillo y obvio sistema de la libertad natural, que se establece espontáneamente y por sus propios méritos. Todo hombre, con tal que no viole las leyes de la justicia, debe quedar en perfecta libertad para perseguir su propio interés como le plazca, dirigiendo su actividad e invirtiendo sus capitales en concurrencia con cualquier otro individuo o categoría de personas. El Soberano se verá liberado completamente de un deber, cuya prosecución forzosamente habrá de acarrearle numerosas desilusiones, y cuyo cumplimiento acertado no puede garantizar la sabiduría humana ni asegurar ningún orden de conocimiento, ... , a saber, la obligación de supervisar la actividad privada, dirigiéndola hacia las ocupaciones más ventajosas a la sociedad.

ibid., p. 612.

Ahora bien, como cualquier individuo pone todo su empeño en emplear su capital en sostener la industria doméstica, y dirigirla a la consecución del producto que rinde más valor, resulta que cada uno de ellos colabora de una manera necesaria en la obtención del ingreso anual máximo para la sociedad. Ninguno se propone, por lo general, promover el interés público, ni sabe hasta qué punto lo promueve ... pero en éste como en otros muchos casos, es conducido por una mano invisible a promover un fin que no entra en sus intenciones.

ibid., p. 402.

Aquel esfuerzo del hombre, constante, uniforme e ininterrumpido por mejorar de condición, que es el principio a que debe originariamente su opulencia el conjunto de una nación..., es capaz, por regla general, de

sostener la propensión natural de las cosas hacia su adelanto, a pesar de los gastos excesivos del Gobierno y de los errores de la administración; al igual que el desconocido principio vital restituye casi siempre la salud y el vigor, no sólo a pesar de las enfermedades, sino de las absurdas prescripciones de los doctores.

ibid., p. 309-10.

Lo que es prudencia en el gobierno de una familia particular, raras veces deja de serlo en la conducta de un gran reino.

ibid., p. 403.

No es la benevolencia del carnicero, del cervecero, o del panadero la que nos procura el alimento, sino la consideración de su propio interés. No invocamos sus sentimientos humanitarios sino su egoísmo, ni les hablamos de nuestras necesidades, sino de sus ventajas.

ibid., p. 17.

El consumo es la finalidad exclusiva de la producción, y únicamente se deberá fomentar el interés de los productores cuando ello coadyuve a promover el del consumidor. El principio es tan evidente por sí mismo que no merece siquiera la pena de tomarse el trabajo de demostrarlo. Pero, con arreglo a las máximas del sistema mercantil, el interés del consumidor se sacrifica constantemente al del productor, y pretende considerar la producción, y no el consumo, como si fuera el objeto y finalidad de toda la industria y de todo el comercio.

ibid., pp. 588-89.

Capitalismo...

La gran industria ha creado el mercado mundial, ya preparado por el descubrimiento de América. Este mercado aceleró prodigiosamente el desarrollo del comercio, de la navegación y de los medios de transporte terrestre. Este desarrollo influyó, a su vez, en el auge de la

industria, y a medida que se iban extendiendo la industria, el comercio, la navegación y los ferrocarriles, desarrollábase en la misma medida la burguesía, multiplicando sus capitales y relegando a segundo plano todas las clases legadas por la Edad Media... [La burguesía] ha sido la primera en demostrar lo que puede realizar la actividad humana. Ha creado maravillas muy superiores a las pirámides de Egipto, a los acueductos romanos y a las catedrales góticas; y ha realizado expediciones que dejan en la sombra a todas las otras migraciones y cruzadas de las naciones... Mediante la explotación del mercado mundial, la burguesía ha dado un carácter cosmopolita a la producción y al consumo de todos los países... Merced al rápido perfeccionamiento de los instrumentos de producción y al constante progreso de los medios de comunicación, la burguesía arrastra a la corriente de la civilización a todas las naciones, incluso las más bárbaras. Los bajos precios de sus mercancías constituyen la artillería pesada que derrumba todas las murallas de China y hace capitular a los bárbaros más fanáticamente hostiles a lo extranjero. Obliga a todas las naciones, si no quieren sucumbir, a adoptar el modo burgués de producción, ... , i.e., a hacerse burgueses. En una palabra: se forja un mundo a su imagen y semejanza... La burguesía, a lo largo de su dominio de clase, que cuenta apenas con un siglo de existencia, ha creado fuerzas productivas más abundantes y más grandiosas que todas las generaciones pasadas juntas. El sometimiento de las fuerzas de la naturaleza, el empleo de maquinaria, la aplicación de la química a la industria y la agricultura, la navegación de vapor, el ferrocarril, el telégrafo eléctrico, la asimilación para el cultivo de continentes enteros, la apertura de los ríos a la navegación, poblaciones enteras surgiendo como por encanto, como si brotaran de la tierra. ¿Cuál de los siglos pasados pudo sospechar siquiera que semejantes fuerzas productivas dormitasen en el seno del trabajo social?

Karl Marx, *The Communist Manifesto* [1848]. Tomado de *Capital, the Communist Manifesto and Other*

Writings, M. Eastman, ed. (New York: Modern Library, 1932), pp. 323-27.

...la máquina capitalista es siempre una máquina de producción masiva, lo que significa también, inevitablemente, que es una máquina de producción para las masas... Las aportaciones típicas de la producción capitalista son el tejido barato, los artículos baratos de algodón y de seda artificial, el calzado, los automóviles, etc.; pero no lo son, por lo general, las mejoras que pudieran tener gran importancia para el hombre rico. La reina Isabel tenía medias de seda. La aportación capitalista no consiste, normalmente, en producir más medias de seda para reinas, sino en ponerlas al alcance de trabajadoras fabriles a cambio de un esfuerzo laboral continuamente decreciente.

J. A. Schumpeter, *Capitalism, Socialism, and Democracy* (Nueva York: Harper and Row, 1942), p. 67.

...Y Socialismo

Sin cálculo económico no puede haber economía. Por tanto, en un estado socialista, donde el cálculo económico es imposible, no puede haber economía – en nuestro sentido del término. En asuntos triviales y poco importantes la conducta racional podría ser aún posible, pero en general sería imposible hablar de producción racional. No habría forma de determinar qué es racional, y por tanto es obvio que la producción ya no podría ser dirigida por medio de consideraciones racionales... Así, en el estado socialista todo cambio económico constituye un proyecto cuyo éxito no puede ser evaluado ni de antemano ni retrospectivamente. Todo es un tanteo a oscuras. El socialismo es la abolición de la economía racional... Donde no existe mercado libre, no existe mecanismo de precios; sin mecanismo de precios, no existe cálculo económico.

Ludwig von Mises, "Economic Calculation in the Socialist Commonwealth" [1920], en F. A. Hayek, ed., *Collectivist*

Economic Planning (A. M. Kelley, 1975), pp. 105-11.

Los socialistas ciertamente tienen motivos para estar agradecidos con el Profesor Mises, el *gran advocatus diaboli* de su causa, porque fue su poderoso desafío lo que los obligó a reconocer la importancia de un adecuado sistema de contabilidad económica para guiar la asignación de recursos en una economía socialista. Más aún, fue precisamente gracias al Profesor Mises que muchos socialistas se dieron cuenta de la existencia misma del problema Como un reconocimiento por el gran servicio prestado ... debería colocarse, en un lugar de honor, una estatua del Profesor Mises en la antesala del Ministerio de Planificación del estado socialista.

Oskar Lange, "On the Economic Theory of Socialism" [1936-37], en B. E. Lippincott, ed., *On the Economic Theory of Socialism*, pp. 57-58. New York: McGraw-Hill, 1964.

Al final resulta, por cierto, que Mises tenía razón.

Robert Heilbroner, "Reflections: After Communism," *The New Yorker* (September 10, 1990), p. 92.

Dinero

En resumen, no puede haber nada más intrínsecamente insignificante, en la economía social, que el dinero, excepto en su carácter de artificio para ahorrar tiempo y trabajo. No es más que una máquina para hacer con rapidez y comodidad lo que a falta de ella se haría con mayor lentitud e incomodidad: y, como muchas otras clases de maquinaria, su influencia sólo es perceptible cuando se descompone.

John Stuart Mill, *Principios de Economía Política* (México: Fondo de Cultura Económica, 1943), pp. 493-94. [Primera edición en inglés: 1848.]

Como señala Lenin, nada desorganiza tanto como la inflación: "para destruir la sociedad burguesa, deben destruir su moneda."

J. A. Schumpeter, *Capitalism, Socialism, and Democracy* (Nueva York: Harper and Row, 1942), p. 227.

Se dice que Lenin afirmó que la mejor manera de destruir el sistema capitalista es por medio de la corrupción de la moneda. Mediante un continuo proceso inflacionario, los gobiernos pueden confiscar, secretamente, una importante proporción de la riqueza de sus ciudadanos. Por este medio, no sólo confiscan, sino que confiscan arbitrariamente; y si bien el proceso empobrece a muchos, algunos de hecho se benefician... A medida que prosigue la inflación, el valor real de la moneda fluctúa erráticamente de un mes a otro, todas las relaciones permanentes entre deudores y acreedores (el fundamento en última instancia del capitalismo) se distorsionan a tal grado que pierden todo sentido, y el proceso de obtención de riqueza se convierte en un juego de azar. Lenin tenía razón. No existe medio más sutil, ni más seguro, para subvertir los fundamentos de la sociedad que la corrupción de la moneda. El proceso, en su tarea destructiva, echa mano de toda la fuerza secreta de las leyes económicas, y lo hace de una manera que ni un hombre en un millón es capaz de diagnosticar.

J. M. Keynes, *The Economic Consequences of the Peace* (Londres: Macmillan, 1971), pp. 148-49. Primera edición: 1919.]

Largo Plazo y Corto Plazo

Ahora bien, "en el largo plazo" esto es probablemente cierto Pero este "largo plazo" no es una guía confiable para los problemas cotidianos. "En el largo plazo" todos estamos muertos. Los economistas no nos sirven de mucho si en épocas tormentosas lo único que nos pueden decir es que una vez pasada la tormenta el mar estará otra vez calmado.

John M. Keynes, *A Tract on Monetary Reform* [1923], p. 65. New York: St. Martin's Press, 1971.

...las ideas de los economistas y los filósofos políticos, tanto cuando son correctas como cuando están equivocadas, son más poderosas de lo que comúnmente se cree... Los hombres prácticos, que se creen exentos por completo de cualquier influencia intelectual, son generalmente esclavos de algún economista difunto. Los maníacos de la autoridad, que oyen voces en el aire, destilan su frenesí inspirados en algún mal escritor académico de algunos años atrás. Estoy seguro de que el poder de los intereses creados se exagera mucho comparado con la intrusión gradual de las ideas. No, por cierto, en forma inmediata, sino después de un intervalo; porque en el campo de la filosofía económica y política no hay muchos que estén influidos por las nuevas teorías cuando pasan de los veinticinco o treinta años de edad, de manera que las ideas que los funcionarios públicos y políticos, y aun los agitadores, aplican a los acontecimientos actuales, no serán probablemente las más novedosas. Pero, tarde o temprano, son las ideas y no los intereses creados las que presentan peligros, tanto para mal como para bien.

John M. Keynes, *Teoría General de la Ocupación, el Interés y el Dinero* [trad. por E. Hornedo], p. 337. México: Fondo de Cultura Económica, 1943.

Miscelánea

...modernist stuff, gone wrong and turned sour and silly...

J. M. Keynes, "The Balance of Payments of the United States," *Economic Journal*, vol. 56 (Jun 1946), p. 186, haciendo referencia, al parecer, a sus propios discípulos.

Respectable professors of the Dismal Science.

En la
 experiencia de
 la humanidad, la ley
 normal del error es una
 de las generalizaciones más
 amplias de la filosofía natural.
 Sirve como instrumento en las investi-
 gaciones físicas y sociales, así como en la
 medicina, la agricultura y la ingeniería, y es una
 herramienta indispensable para el análisis e interpretación
 de los datos básicos obtenidos por medio de observación y experimento.

– W. J. Youden (1900-1971)

Thomas Carlyle (1795-1881), aludiendo
 a los economistas clásicos ingleses.
 [*Latter Day Pamphlets*, 1850.]

Que "el hombre es un animal racional" es
 una de esas proposiciones que no requieren de-
 mostración, ya que el sujeto lo admite.

Frank H. Knight, *Freedom and Reform*
 (Harper and Row, 1947), p. 341.

"Qui numerare incipit errare incipit."

Oskar Morgenstern, título de un artí-
 culo publicado en la revista *Fortune*,
 Octubre 1963, pp. 142-44, 173-80.

Afortunadamente no queda nada que acla-
 rar en las leyes del valor, ni para los escritores
 actuales ni para los del porvenir: la teoría del
 tema está completa....

John Stuart Mill, *Principios de Econo-
 mía Política* (México: Fondo de Cultu-
 ra Económica, 1943), p. 442. [Primera
 edición en inglés: 1848.]

Yet, after all, there is no harm in being so-
 metimes wrong – especially if one is promptly
 found out.

J. M. Keynes, *Essays in Biography*
 [1933], p. 200. London: Macmillan
 Press, 1972.

The age of chivalry is gone. That of sophis-
 ters, economists, and calculators has succee-
 ded, and the glory of Europe is extinguished
 forever.

Edmund Burke (1729-1797), *Reflections
 on the Revolution in France* [1790], p.
 86. New York: The Liberal Arts Press,
 1955.

El finado Walton Hamilton, abogado y eco-
 nomista, señaló una vez que nuestra salutación
 habitual, "Buenos días," era un vestigio de una
 sociedad agraria, mediante el cual las personas
 invocaban buen tiempo para las labores del cam-
 po, y esperaba que los habitantes de las urbes
 eventualmente terminarían por saludarse con la
 frase, "Precios bajos."

G. J. Stigler, "The Intellectual and the
 Market Place," Occasional Paper No. 1
 (London: Institute of Economic Affairs,
 1963), pp. 3-4.